

Discurso pronunciado por el Dr. Miguel Jiménez, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, en la ceremonia de inauguración de las IX Jornadas Médicas Nacionales el día 23 de febrero de 1966

**P**OR PRIMERA VEZ en su ya larga historia, la Academia Nacional de Medicina realiza sus Jornadas Médicas Nacionales en la provincia. Este hecho ha venido a ser la cristalización de las ideas de trabajo que ha sustentado la actual Mesa Directiva, que son las de impulsar sus actividades fuera del local de nuestra casa; es decir, que su labor científica no se limite a la realización de sus sesiones semanarias, sino que trate de hacer llegar a todos los rincones de nuestra patria las investigaciones y la experiencia de los señores académicos para que su labor científica alcance a ser conocida por todo el cuerpo médico mexicano. El decidido afán de que nuestra corporación permanezca constantemente en contacto con todo el elemento médico nacional, muy especialmente con el de la provincia, fue la idea primordial al iniciarse este tipo de reuniones en el mes de febrero de 1956 cuando fungía como presidente el maestro Aquilino Villanueva; fue precisamente esta misma voz, mediante la cual nuestra querida corporación, el 22 de febrero de 1962 en la ceremonia de clausura de las VII Jornadas Médicas Nacionales, le rindió un merecido homenaje por haber sido el iniciador de estos eventos científicos. En aquella ocasión expresé "que su espíritu entusiasta y organizador llenó un hueco que existía al realizar por su propia iniciativa las Primeras Jornadas Médicas Nacionales, lo que ha significado uno de los pasos más trascendentales en la historia de nuestra corporación al abandonar el recinto puramente académico y servir de modo más eficaz y colectivo al médico mexicano, que integra en su conjunto la medicina patria.

Aquellas primeras jornadas, celebradas exactamente hace 10 años en la Escuela de Arquitectura de la Ciudad Universitaria, han sido indiscutiblemente las que han obtenido el mayor éxito, ya que la inscripción de médicos asistentes a las mismas, alcanzó un número cercano a 500 y la exposición científica que se celebró durante y después del desarrollo de las mismas, fue la manifestación más ostensible de su esfuerzo gigantesco, ordenado y coordinado con un grupo de cola-

boradores encabezados por Guillermo Montañó y un grupo de discípulos suyos: Raúl López Engelking y Rodolfo Ríos Zertuche quienes contribuyeron en forma muy importante al éxito de la misma. Esta exposición científica, ha sido sin duda la más completa en la historia de la medicina en México y ha sido calificada con justicia como excepcional y en ella los investigadores mexicanos, pusieron no sólo su sabiduría sino también su corazón.

La grandeza de aquella primera reunión científica no ha podido ser igualada por los diversos grupos de organizadores de las siguientes reuniones, a pesar de lo esfuerzos que hemos puesto en su realización.

Por todo esto, por haber sembrado en nuestra Academia, una semilla que con el tiempo ha germinado dando magníficos frutos, Maestro Villanueva, una vez más le expreso mi profundo respeto y admiración. Esta reunión científica que hoy se inaugura, no es sino una continuación de la fructífera labor que usted inició.

A partir de entonces y durante el mes de febrero de cada año, se han venido realizando las siguientes Jornadas Médicas Nacionales, con la excepción de los últimos años de 1964 y 65. El primero de ellos, por haberse celebrado el magno Congreso del Centenario, cuyo eco aún no se apaga, y en el que, su organización y desarrollo no ha tenido precedente en los anales de la medicina mexicana y se debió también a otra figura prominente de la ciencia médica nacional, el Dr. Alfonso Alvarez Bravo, expresidente de nuestra Academia, cuya mente organizada, su talento y su gran capacidad de trabajo, hicieron que tal reunión conmemorativa alcanzara altura excepcional y pusiera de manifiesto las altas cimas alcanzadas por la medicina mexicana y la elevada categoría científica que en el extranjero se le concede.

En el año de 1965, la crítica situación médica de aquel momento, obligó a la Academia a suspender unos cursos que había organizado en lugar de sus jornadas habituales, dada la cercanía del congreso del centenario. Y en este año de 1966 se ha escogido a esta ciudad de San Luis Potosí para realizarlas.

Esta maravillosa ciudad que desde hace muchos años ha sido sede de numerosos congresos médicos, fue fundada por el capitán Miguel Caldera, por su primer alcalde don Juan de Oñate y por Fray Diego de la Magdalena en el año de 1592, y en el año de 1655, fue elevada por cédula real al rango de noble y leal ciudad.

Durante el virreinato, fue la ciudad más importante del norte del país, junto con Zacatecas. Fue capital de una de las doce intendencias, la más extensa de todas sirvió de punto de partida para la exploración y colonización del norte del país.

Importantes fundaciones de franciscanos, agustinos, con Fray Diego de Basalenque como su Prior más notable y posteriormente los carmelitas, fueron el punto de partida de misiones que llegaron al norte de Texas. Fue asiento de una Casa de Moneda que funcionó hasta bien entrado el siglo XIX.

Una de las diez brigadas en las que se dividía el ejército virreinal, tenía aquí su

cuartel general. Una ilustre potosina, doña Francisca de Gándara, fue la única virreina criolla mexicana de todo ese largo período.

Los iniciadores de la Independencia en San Luis, fueron Fray Luis de Herrera y Fray Juan de Villerías. Quizá la efemérides más gloriosa de la historia potosina ocurrió durante la invasión yankee en 1847. Se formó en San Luis un ejército, en su gran mayoría potosino, que se dirigió al norte y detuvo y derrotó al ejército invasor de Zacarías Taylor, hasta entonces invicto. Por todo ello, Santa Ana propuso al Congreso, cambiarle el nombre a esta ciudad por el de San Luis de la Patria. Fue aquí donde se estableció el gobierno juarista durante el sitio de Querétaro y permaneció hasta el derrumbé final del imperio y del fusilamiento de Maximiliano.

En 1910, el 20 de noviembre, Madero se levantó en armas por la ilegalidad de las elecciones que se habían hecho varios meses antes y en las que Porfirio Díaz se proclamó vencedor. Lanzó para ello el Plan de San Luis, cuyos principales postulados eran: "Sufragio efectivo y no reelección", y prometía además, la restitución de las tierras a quienes habían sido despojados de ellas.

San Luis Potosí es un lugar de la República rico en arte colonial. Una demostración del mismo, son sus iglesias como la de San Francisco, la Catedral, Loreto, la del Carmen, cuya portada de los ángeles junto con la sacristía de la cartuja de Granada, constituyen las dos más elevadas y finas expresiones de la arquitectura barroca. Todas ellas son muestras valiosísimas del arte mexicano, en sus paredes se encuentran cuadros de Cabrera, Torres y Martínez y se considera que el estilo churrigueresco de San Luis Potosí es uno de los más notables de toda América.

Esta porción del territorio nacional ha sido cuna de grandes hombres: don Mariano Arista, que combatió la invasión norteamericana en 1847, don Mariano Jiménez, uno de los iniciadores de nuestra Independencia, don Genovevo Rivas Guillén, que dirigió el combate del carrizal y derrotó al general Pershing.

Don Ponciano Arriga, potosino ilustre, fue uno de los más destacados intelectuales del partido liberal, diputado al Congreso de la Unión, ministro de Instrucción Pública y presidente de la Comisión que redactó la Constitución de 1857, sus restos reposan en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Don Antonio Soto y Gama, mentor de Zapata, padre del movimiento agrario, y don Aurelio Manrique, son también de las figuras más puras nobles e incorruptibles de la Revolución.

En el campo de las artes y de las letras: don Manuel José Othon, poeta de nuestra constelación mayor, quizá el más grande poeta bucólico del habla castellana.

Don Julián Carrillo, recientemente desaparecido, revolucionó la música con el sonido trece.

Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, hombre de cultura excepcional, poeta y excelso orador.

Don Primo Feliciano Velázquez y don Manuel Muro, cultísimos historiadores.

Don Francisco de la Maza, historiador y famoso crítico de arte, don Joaquín Meade, cuyas investigaciones sobre el origen del maíz, sitúan los primeros cultivos de esta gramínea en la Huasteca.

En el campo de la medicina, podemos señalar a don Pascual Aranda, que fue el iniciador de la Bibliografía Médica Potosina.

Don Miguel Otero y Arce, que fue miembro de la Academia Nacional de Medicina, hombre de extraordinario talento, que cultivó nuestra ciencia en casi todas sus ramas y de quien Salazar Mallén en una magistral comunicación: "Otero, su vida y su tiempo" dice: "En verdad y transcurridos ya estos cincuenta años, podemos afirmar que el Dr. Miguel Otero no ha muerto. Olvidados están la mayor parte de los nombres de sus implacables contemporáneos, que tan miopemente dejaron de apreciar el valor de sus esfuerzos y el significado de sus experimentos sobre el tifo, pero la figura del gigante potosino, que introdujera en el interior del país el uso de la vacuna antirrábica, que fundara el primer hospital infantil de nuestra patria, que demostrara con más vigor que Moczkouki la virulencia de la sangre tifosa para el ser humano, y que consagró en fin, su vida entera al servicio de su profesión y de su patria, permanecerá en la historia de la ciencia como un símbolo difícil de igualar".

Don Jesús Monjaraz, también miembro de la Academia, prominente higienista y bacteriólogo, director de Salubridad en 1907.

Don Ignacio Alvarado, también académico, médico personal de Benito Juárez, presidente del Consejo Superior de Salubridad por muchos años. Dirigió la Campaña de Erradicación de la Fiebre Amarilla en Veracruz y colaboró con don Rafael Lucio, en sus estudios sobre la lepra.

Don Gustavo Pachensteher, el padre de la cirugía moderna en San Luis, y también distinguido académico.

Don José María Quijano, iniciador en México de la cirugía arterial reconstructiva.

Don Manuel Nava Martínez, recientemente desaparecido, miembro destacado de nuestra querida Corporación, a quien profesé una estimación muy especial. Conocí a Manuel Nava en 1930, cuando yo estudiaba el tercer año de la carrera y él terminaba su tesis recepcional, sobre "El lipiodol como medio diagnóstico en los padecimientos broncopulmonares". Su dedicación especial a la especialidad que cultivó, la neumología, hizo que nuestros lazos de amistad se hicieran más estrechos. En 1951, fue aquí en San Luis, vicepresidente del IV Congreso Nacional de Tuberculosis, presidido por otro distinguido potosino Manuel Alonso de la Fuente. Ingresó a nuestra Academia el 28 de septiembre de 1955, con su trabajo sobre el estudio de la psicología del tuberculoso pulmonar. Era una persona dotada de una inteligencia excepcional, recto, de férrea voluntad. Dio

impulso extraordinario a la Universidad Potosina, la contagió con su dinamismo, estableció los catedráticos de tiempo completo. Fundó el Instituto del Desierto, institución modelo en su género, la primera que se estableció en nuestro país. Fundó también la Facultad de Humanidades, e inició con gran vigor la construcción de esta Escuela de Medicina, que hoy nos recibe. Es de felicitar a los que perpetuaron su memoria, en el busto que existe en esta casa, porque constituye en mi opinión, una expresión de alta calidad moral.

Querido Manuel: ¡Con qué alegría hubieras recibido a tu Academia en la tierra que te vio nacer! Sirvan estas palabras de sincero homenaje a tu memoria.



El señor Dr. Manuel Vaquero, a nombre del señor Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, inaugura las IX Jornadas Médicas de la Academia Nacional de Medicina en San Luis Potosí.

He estado en muchas ocasiones en esta ciudad, para participar en diversas actividades médicas y he podido observar con profunda satisfacción el auge creciente y el mejoramiento de su población universitaria. La Universidad Potosina, que fue fundada por los jesuitas a mediados del siglo diecisiete fue durante dos siglos el más importante centro de cultura superior del centro, norte de México. Su primer rector, fue don Manuel María de Gorriño y Arduendo. En 1826, fue transformada en el Liceo Guadalupano Josefino, y treinta años después se le cambió de nombre por el de Instituto Científico y Literario, que conservó hasta 1933 en que fue proclamada su autonomía, convirtiéndose en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Entre sus rectores, han destacado el primero Dr. Juan H. Sánchez, el Dr. Ig-

nacio Morones Prieto, académico distinguido y destacado intelectual y gran amigo de los médicos, fundador y director del Hospital que lleva su nombre y que posteriormente ha ocupado y ocupa en la actualidad importantes cargos gubernamentales. El Dr. Jesús Noyola otra relevante figura potosina. Y naturalmente el mencionado Manuel Nava.

Es esta maravillosa ciudad, cuna de tantos mexicanos ilustres, que hoy nos recibe con los brazos abiertos. Bástame sintetizar, que en la actualidad nuestra Academia, cuenta en sus filas con 14 académicos potosinos numerarios: Torres Estrada, Coqui, del Pozo, Pedro Ramos, Fonte, Baz Iglesias, Quijano Pitman, Quijano Narezo, Massieu, Villalobos, etc. y dos correspondientes, Torre y Padrón Puyou. Trataremos en el desarrollo de nuestras actividades corresponder con nuestro trabajo a todas las atenciones recibidas.

Antes de terminar, deseo agradecer a todas las personas e instituciones que han hecho posible la realización de este evento científico:

Al señor Lic. Guillermo Medina de los Santos, rector de la Universidad Potosina, al señor Dr. Miguel Torre, director de esta extraordinaria Escuela de la que ha sido su principal impulsor; distinguido académico y vicepresidente de la Comisión Organizadora, el Dr. Torre ha constituido uno de los pilares más sólidos de los trabajos de organización de esta reunión, por lo que la Mesa Directiva de la Academia desea hacerle entrega de la medalla conmemorativa de su primer centenario, que no constituye una condecoración, ni una presea, que nuestra corporación no las acostumbra, sino un modesto presente como símbolo de nuestro agradecimiento por su magnífica labor; a los señores médicos potosinos que aceptaron participar activamente en nuestras actividades científicas.

Mención muy especial nos merece el Comité de Damas Local, encabezado por la señora Lidia M. de Torre, por la labor tan extraordinaria que realizó.

A la prensa potosina, que tan gentilmente ha colaborado en la difusión de este evento y a todas las personas de la localidad, que han facilitado el desarrollo de nuestras actividades sociales.

A los integrantes del Comité Organizador por su leal y efectiva colaboración, las instituciones que con su apoyo económico, permitieron la realización de nuestras distintas actividades.

Y a todos ustedes señores académicos, que abandonando su trabajo y sus enfermos, se han trasladado a esta ciudad para con su presencia y activa participación, integrar el cuerpo principal del trabajo. Son ustedes los principales elementos para la mejor conducción de nuestras actividades y el apoyo que siempre me han prestado será la mayor garantía del éxito de este evento científico.

Espero que su desarrollo no defraude sus esperanzas, y sirva de algo para estrechar más las relaciones de nuestra Academia, con el cuerpo médico mexicano. Muchas gracias.